

la sabia previsión de los antiguos gobernadores de la vida civil, que instituyeron lugares públicos, donde cada uno pudiese libremente acudir á beber agua á su satisfacción, haciendo encerrar el vino en las cuevas de los boticarios, con severa prohibición de que ninguno le pudiese beber si no le recetaba el médico. ¡Oh, qué rasgo de prudencia! Sin duda, añadió, que por una reliquia de la antigua frugalidad, digna del siglo de oro, se conservan aún el día de hoy algunas pocas personas que, como tú y como yo, solamente beben agua, persuadidos de que evitarán ó curarán todos los males bebiendo agua caliente que no haya hervido, porque tengo observado que la hervida es más pesada, y no la abraza tan bien el estómago como la que sin hervir llega sólo á calentarse.

Más de una vez temí reventar de risa, mientras mi amo discurría en el asunto con tanta elocuencia. Con todo eso me mantuve serio, y aun hice más, pues mostré ser del mismo sentir que el doctor Sangrado: abominé del uso del vino, y me compadecí de los hombres que tenían la desgracia de pagarse de una bebida tan perniciosa. Después de esto, como todavía me sentía con sobrada sed, llené de agua caliente una gran taza, y de una asentada me la eché toda al cuerpo.

—Vamos, señor, dije á mi amo, hartémonos de este benéfico licor, y resucitemos en esta casa aquellas antiguas termópilas, de cuya falta tanto se lamenta usted.

Celebró mucho estas palabras, y por más de una hora entera me estuvo exhortando á que bebiese siempre agua. Prometle que la bebería toda la vida; y para cumplir con más exactitud mi palabra, me acosté con firme propósito de ir todos los días á la taberna.

El lance pesado que había tenido en casa del droguero no me quitó el gusto de ir á recetar el día siguiente sangrías y agua caliente. Al salir de la casa de un poeta que estaba frenético, me encontré con una vieja, la cual se llegó á mí y me preguntó si era médico. Respondíle que sí, y ella me rogó con mucha humildad que me sirviese acompañarla á su casa, donde estaba indispueta su sobrina, que se sentía mala desde el día anterior, ignorando cuál fuese su enfermedad. Seguila, y guiándome á su casa, me hizo entrar en un cuarto adornado de muebles muy decentes, donde vi una mujer en cama. Acerquéme á ella para observarla. Desde luego me llamó la atención su fisonomía, y después de haberla mirado por algunos momentos, reconocí, sin quedarme género de duda, que era aquella misma aventurera que había hecho tan perfectamente el papel de Camila. Por lo que á ella toca, me pareció que no me había conocido,

ya fuese por tenerla abatida el mal, ó ya por el traje de médico en que me veía. Toméle el pulso, y vi que tenía puesta mi sortija. Sentí una terrible conmoción al reconocer una alhaja á la cual tenía yo tanto derecho, y estuve fuertemente tentado á quitársele por fuerza; pero sabiendo que las mujeres luego comienzan á gritar, y temiendo que acudiese á su defensa el dichoso don Rafael ó algún otro de tantos protectores como tiene siempre el bello sexo para acudir á sus gritos, resistí á la tentación. Parecióme que sería mejor disimular por entonces hasta consultar el caso con Fabricio. Abracé, pues, este último partido. Mientras tanto la vieja me apuraba para que declarase el mal de que adolecía su postiza ó su verdadera sobrina. No fuí tan mentecato que quisiese confesar que no le conocía; antes bien, haciendo de hombre sabio, é imitando á mi maestro, dije con mucha gravedad que todo dependía de falta de transpiración, y por consiguiente que era menester sangrarla inmediatamente y humedecerla bien, haciéndole beber agua caliente en cantidad, para curarla según el debido método.

Abrevié la visita cuanto pude, y fuíme derecho á buscar al hijo de Núñez, á quien tardé poco en encontrar, porque iba á cierta diligencia de su amo. Contéle mi nueva aventura, y le pregunté si le parecía conveniente que me valiese de algunos alguaciles para recobrar mi alhaja, prendiendo á Camila.

— No por cierto, me respondió: no pienses en tal disparate: ese sería el medio más seguro para que nunca vieses en tu mano la sortija. Esa gente no es muy inclinada á hacer restituciones; y si no, acuérdate de lo que te sucedió en Astorga: tu caballo, tu dinero y hasta tu propio vestido, todo quedó en sus uñas. Es necesario, pues, apelar á nuestra industria, si quieres recobrar tu desgraciado diamante. Déjame pensar á mí, mientras voy á dar un recado de mi amo al proveedor del hospital; espérame en la taberna de que somos parroquianos, y ten un poco de paciencia, que presto nos veremos.

Más de tres horas hacía que le estaba esperando, cuando al cabo pareció. Al principio no le conocí, porque había mudado de traje: traía el pelo trenzado y unos bigotes postizos, que le tapaban la mitad de la cara: del cinto le colgaba una espada larga, cuya cazoleta tenía por lo menos tres pies de circunferencia, y marchaba al frente de cinco hombres, todos con aire tan resuelto y determinado como él, llevando igualmente sus grandes bigotes y espadas largas.

— Servidor, Sr. Gil Blas, me dijo acercándose á mí con resolución y despejo. Aquí tiene usted un alguacil de nuevo cuño, y en esta honrada gente que

me acompaña unos corchetes del mismo temple. Sólo queda á cargo de usted el guiarnos á casa de la mujer que le robó el diamante, y le empeño mi palabra de que le recobraré.

Abracé á Fabricio luego que le oí estas palabras, conociendo por ellas la estratagema que había inventado para favorecerme, aprobando mucho semejante arbitrio. Saludé también á los fingidos ministriles, los cuales eran tres criados y dos mancebos de barbero, todos amigos suyos, á quienes había medido en que hiciesen aquel papel.

Mandé que trajesen vino para que refrescase la ronda, y á la entrada de la noche nos encaminamos á casa de Camila. Llamamos á la puerta, que ya encontramos cerrada. Vino á abrirla la vieja, y creyendo que eran ministros de justicia los que venían conmigo, y que no iban á su casa sin algún mal fin, se llenó la pobre de miedo.

— No se turbe, madre, le dijo Fabricio, que no venimos por mal, sino á un negocio de poca importancia, que presto se evacuará.

Diciendo esto, nos fuimos introduciendo hasta el cuarto de la enferma, guiándonos la vieja, que iba adelante alumbrando con una vela en un candelero de plata.

Tomé el candelero, y acercándome á la cama de Camila, aplicando la luz á mi cara para que me viese mejor:

— Infame, le dije, ¿conoces ahora á aquel crédulo Gil Blas á quien tan villanamente engañaste? En fin, ya te encontré, bribonaza. El corregidor dió oídos á mi querrela, y orden á estos señores de arrestarte y encerrarte en un calabozo. ¡Ea, pues, señor alguacil, dije á Fabricio, cumpla con lo que le han mandado, y haga lo que le toca!

— No necesito, replicó con voz bronca y desabrida, que ninguno me acuerde mi obligación. Ya tengo noticia de esta buena alhaja, pues tiempo ha que está escrita y registrada en mi libro de memoria. Levántese, reina mía, y vístase pronto, que yo tendré la fortuna de irla sirviendo de escudero, si lo lleva á bien, hasta la cárcel pública de esta ciudad.

Al oír esto Camila, aunque parecía tan postrada, advirtiéndole que dos ministriles se disponían á sacarla por fuerza de la cama, se sentó en ella, y juntas las manos en tono suplicante, mirándome con ojos en que se veía pintado el desconsuelo y terror:

— Sr. Gil Blas, me dijo, apiádese usted de mí: esto se lo pido por aquella su casta madre que le dió á luz después de haberle tenido nueve meses en sus maternales entrañas. Aunque confieso mi culpa, todavía fuí más desgracia-

da que delincuente. Voy á restituírle su diamante, y por amor de Dios no me pierda.

Diciendo esto, se sacó la sortija y me la puso en la mano. Pero yo le respondí que no me contentaba con sólo el diamante, sino que también quería que se me restituyesen los mil ducados que se me habían robado en la posada.

— Señor, replicó ella, los mil ducados no me los pida usted á mí; pídalelos al traidor de don Rafael, á quien no he visto desde entonces acá, que aquella misma noche se los llevó.

— ¡Ah, buena mauala!, interrumpió Fabricio; pues qué, ¿no hay más que decir que no tuviste arte ni parte en ello, para darte por legítimamente disculpada? Basta que hayas sido cómplice del don Rafael, para que se te pida estrecha cuenta de toda tu vida pasada. Sin duda que tendrás archivadas en la conciencia bellas cosas. Ven, ven á la cárcel, donde harás una buena confesión general. También quiero llevar en tu compañía á esta buena vieja, á quien juzgo impuesta en una infinidad de lances curiosos que al señor corregidor no le pesará saber.

Al oír esto las dos mujeres, no omitieron medio alguno para movernos á piedad. Alborotaron la casa á gritos, llantos y lamentos. Mientras la vieja, puesta de hinojos, ya delante del alguacil, ya delante de los ministriles, procuraba excitar su compasión, Camila, del modo más tierno y patético del mundo, me suplicaba y conjuraba que la librase de mano de la justicia. Era este un espectáculo digno de verse.

Fingí ablandarme, y dije al hijo de Núñez:

— Señor alguacil, puesto que ya he recobrado mi diamante, se me da poco de lo demás. No deseo que se afija á esta pobre mujer, porque no quiero la muerte del pecador.

— ¡Bueno por cierto!, me respondió; usted es muy compasivo; no valdría un pepino para alguacil. Yo no puedo menos de cumplir con mi obligación, y el señor corregidor expresamente me mandó que prendiese á estas princesas, porque quiere su señoría hacer con ellas un ejemplar que sirva de escarmiento.

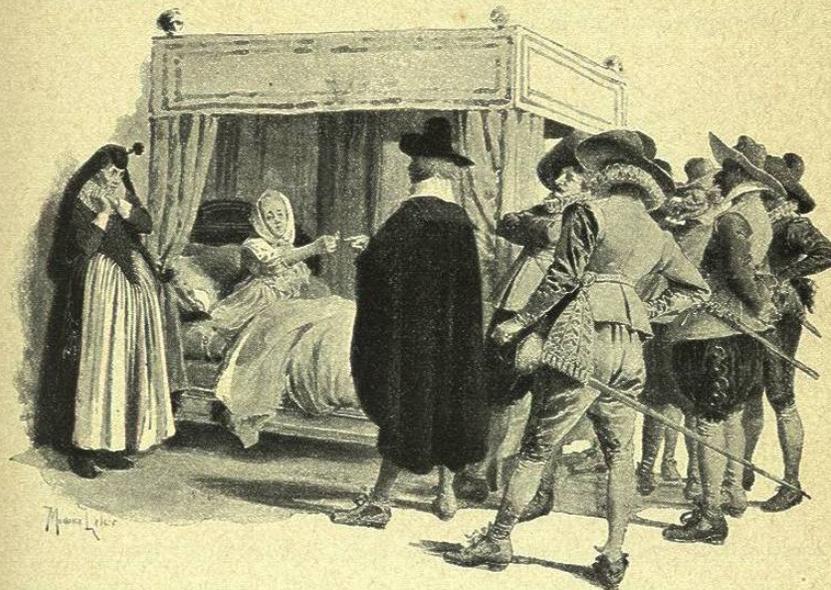
— Hágame usted el favor, le repliqué, de hacer por mí alguna cosa y suavizar un tantico el rigor de la orden en favor del regalo que estas damas le quieren hacer en corta demostración de su agradecimiento.

— ¡Oh, señor doctor!, repuso Fabricio, ese es otro cantar. No puedo resistir á esa figura retórica usada tan á tiempo. ¡Ea, pues, veamos lo que me quieren regalar!

— Daréle á usted, dijo Camila, un collar de perlas y unos pendientes de piedras que valen buen dinero.

— Sí, respondió Fabricio taimadamente, con tal que no sean de las que te envié tu tío el gobernador de Filipinas, porque esas no las quiero.

— Os aseguro que son finas, dijo Camila.



Diciendo esto, se sacó la sortija y me la puso en la mano

Y al mismo tiempo mandó á la vieja que trajese una cajita donde estaban el collar y los pendientes, que ella misma puso en manos del señor alguacil, y aunque éste era tan diestro lapidario como yo, no dejó de conocer, sin quedarle ninguna duda, que eran finas así las piedras de los pendientes como las perlas del collar.

— Estas alhajas, dijo después de haberlas mirado atentamente, me parecen de buena ley; y si se añade á ellas el candelero de plata que el Sr. Gil Blas tiene en la mano, no respondo ya de mi obediencia al señor corregidor.

— No creo, dije entonces á Camila, que por semejante friolera quiera usted deshacer un convenio que le tiene tanta cuenta.

Diciendo y haciendo quité la vela del candelero, se la entregué á la vieja, y alargué éste á Fabricio, que contentándose con ello, quizá porque no vió en

la sala ninguna otra cosa de precio que se pudiese llevar fácilmente, dijo á las dos mujeres:

— Adiós, reinas mías, y pierdan cuidado, que voy á hablar al señor corregidor y á dejarlas con él más puras y más blancas que la misma nieve. Nosotros le sabemos pintar las cosas como queremos, y nunca le hacemos relación que no sea verdadera, sino cuando tenemos algún poderoso motivo que nos obligue á desfigurar un poco la verdad.

CAPITULO V

Prosigue la aventura de la sortija; deja Gil Blas la medicina y se ausenta de Valladolid

Ejecutado tan felizmente el admirable proyecto de Fabricio, salimos de casa de Camila, alabándonos de un suceso que había superado nuestras esperanzas, porque sólo habíamos ido á recobrar una sortija y nos llevamos lo demás sin ceremonial ni el menor remordimiento. Lejos de hacer escrúpulo de haber robado á dos mujeres del partido, creíamos haber hecho un acto meritorio.

— Señores, dijo Fabricio luego que estuvimos en la calle, soy de parecer que para coronar esta bella hazaña vayamos á nuestra taberna de lo caro, donde pasaremos alegremente la noche. Mañana venderemos el collar, los pendientes y el candelero; haremos nuestras cuentas, y repartiremos el dinero como hermanos. Hecho esto, cada uno se irá á su casa, y discurrirá lo que mejor le pareciere para excusarse de haber pasado la noche fuera de ella.

Tuvimos por muy prudente y juicioso el pensamiento del señor alguacil. Volvimos, pues, todos á nuestra taberna, pareciéndoles á unos que fácilmente encontrarían algún buen pretexto para disculpar el haber dormido fuera, y no dándoseles á otros un pito de que les despidiesen sus amos.

Dióse orden de que se nos dispusiese una buena cena, y nos sentamos á la mesa con tanto apetito como alegría. Durante ella se suscitaron especies muy graciosas, sobre todo Fabricio, que era fecundísimo y hombre de gran talento para mantener siempre viva la conversación y divertir á toda la compañía. Ocurriéronle mil dichos llenos de sal española, que nada debe á la sal ática; pero estando en lo mejor de la diversión y de la risa, turbó nuestra ale-